

# Microbios desatados

Víctor Pliego

**HASTA** el Papa se puso malito: la epidemia de gripe se agrava. Los doctores lo habían vacunado. Y ellos han reducido los efectos del mal, merced a sus buenas artes, pero también por eso nos hemos vuelto negligentes. En los terribles tiempos de la tisis, las gentes se cuidaban de estornudar en la cara de su prójimo, a no ser que fueran lelos. Se respetaban unas normas de urbanidad que estaban, en muchos casos, ligadas a la salubridad. El uso del pañuelo no era solo ornamental, sino también de orden práctico y profiláctico. Pero esas buenas maneras se han perdido en provecho de los afortunados microbios viajeros.

Los enfermos de hoy estornudan de forma abierta y deleitosa, tanto en privado como en público. El personal alivio se antepone a la salud del resto del mundo y que cada cual aguante su "vela". Quienes usamos los transportes colectivos conocemos perfectamente la sensación que produce que alguien te estornude en la cara o en el cogote compartiendo generosamente contigo, no solo el vehículo, sino también algunas formas de vida muy íntimas. Los más bienintencionados tosen en la mano para restregarla inmediatamente, como es lógico al agarrarse, en algún asidero general.

También hay una distancia crítica, que todos cruzamos durante las angosturas de las horas punta, y que garantiza una segura infección. Hay tosedores eventuales y tosedores insistentes, infatigables y fecundos, pero más vale no decir nada, porque si te atreves a lanzar alguna reconvencción te pueden insultar o agredir. Para algunos el derecho a la tos, el esputo y el regüeldo es una expresión de su libertad.